

con nuestro tiempo grandes defectos unidos con grandes bellezas; por eso me he atenido á una imitación muy libre y aún á veces me he arriesgado á ser enteramente original.

Lamothe ha suprimido todo lo que no era relato seco, es decir todo lo que constituye la gracia del antiguo Homero, el sentimiento, la sencillez, el color, las acciones brutales de los héroes, las intervenciones tan llenas de vida de los dioses, las descripciones y ese abandono y esas repeticiones que han hecho que se acuse al poeta de dormirse algunas veces; en cambio sus guerreros resultan hombres cultos y galantes y hacen la guerra adornados con encajes. La edición de Lamothe apareció con un grabado en el frontispicio; Homero, guiado por Mercurio, pone su lira en manos de Lamothe.

El autor había procurado, por otra parte, conquistar diestramente á los Dacier, diciendo al marido que su aprobación equivalía á una apotheosis, y á la esposa que á ella debía el conocer á Homero.

Si Lamothe creía demostrar la superioridad de los modernos (él decía: Homero y yo) no tardó en desengañarse. La Sra. Dacier, que tenía entonces 63 años, no pudo contenerse y lanzó su *Tratado de las causas de la corrupción del gusto*, en que su indignación rebasó todos los límites. Lamothe respondió con sus *Reflexiones acerca de la Crítica*; burlándose, con urbanidad perfecta, respondía al ataque fulminante y ponía al público de su parte. « La obra de la Sra. Dacier, dice Voltaire, era digna de un sabio y la de su contradictor, digna de una mujer de ingenio. »

La Disputa sobre los antiguos y los modernos, después de algunas otras polémicas, acabó espontáneamente por cansancio. El debate estaba agotado por el momento, pero debía renacer más tarde. Se había probado demasiado por una y otra parte; con menos animosidad hubieran acabado por entenderse. Lamothe-Houdart y la Sra. Dacier se reconciliaron, como antes lo habían hecho Boileau y Perrault, conservando cada uno sus convicciones, cosa que, después de todo, importaba poco.

La cuestión era pasar una ó dos horas en los salones literarios que, á no ser por la Querrela, no hubieran tenido acaso asuntos de que tratar.

1. Mas de un siglo antes que la señora Dacier había escrito admirablemente sobre este tema nuestro insigne Luis Vives. (N. del T.)

CAPÍTULO I

EN EL CAMPO DE LOS BURGUESES

Boileau. — Sus hermanos. — Su infancia. — Sus principios. — Sus obras y sus prefacios. — Su ancianidad. — Su muerte. — Mala cabeza y buen corazón. — El abogado Patru. — Boileau y Molière. — Boileau hombre de buena vida. — Boileau y la sociedad. — Boileau y el Rey. — Su *Arte Poética*. — El *Facistol*. — *Varia*. — La Expresión poética. — El realismo de Boileau. — Boileau y Diógenes. — Su Vocabulario pintoresco. — Sus timideces. — Los géneros literarios. — El Arte y la Moral. — Antiguos y Modernos. — La Antigüedad y la Crítica. — Los Enemigos de Boileau. — Boileau y la poesía. — Un hombre honrado.

En presencia de toda aquella sociedad, excitada por la fiebre del amor á las letras, por las sabias disputas, por el culto de la belleza bajo la forma sutil de la más delicada poesía, es ya tiempo de hacer surgir el espectro de Banco, el brutal y robusto burgués que no entendía nada de todas aquellas finuras y que atropelló á todos aquellos huéspedes de los salones; me refiero al prudente y prosaico Boileau.

Nació Boileau el 1 de noviembre de 1636, el año del *Cid*, en París, calle de Jerusalén, inmediata á la casa natal de Voltaire, y en la misma casa en que escribieron la *Sátira Menipea* el canónigo Santiago Gillet, Le Roy, Rapin, Pithou, Passerat y F. Chrestien. Era su padre, como todos los Boileau, escribano de cámara del Parlamento. Tenía Boileau catorce hermanos y su madre murió antes que él llegase á conocerla. Ya se echa de ver en sus obras, donde no se halla ni el menor rasgo de ternura ó emoción; ignoraba las cualidades y dulces virtudes de la mujer y de la madre. La operación de la talla, que tuvo que sufrir á los ocho años, debía mantenerle toda su vida lejos de los sentimientos tiernos en un celibato malhumorado y egoísta.

Uno de sus amigos ha dicho á este propósito:

La infancia del Sr. Despréaux fué de las más laboriosas. Tuvieron que hacerle la operación de la talla á los ocho años y se resintió toda su vida de esta operación. Habiendo perdido á su madre en muy tierna edad y hallándose su padre siempre muy ocupado en sus negocios, quedó confiada la educación del gran poeta á una vieja criada que la trataba con despotismo. Tenía además que sufrir otra autoridad, la de Gil Boileau, su hermano mayor, gran amigo de Cotín y de Chapelain y además muy envidioso del mérito naciente de su hermano menor, que pasó sus primeros años en una especie

de garita encima del granero de su casa, donde estuvo por decirlo así relegado hasta los quince años. Decíanos con frecuencia que, si le ofreciesen renacer en las condiciones onerosas de su primera juventud, preferiría renunciar á la vida; sin embargo, lo excelente de su carácter se sobrepuso á todas las desgracias de su educación. Estaba aún en cuarto año de retórica cuando sintió despertarse su talento para la poesía; y á partir de aquel momento, imbuído en la lectura de las antiguas novelas, se propuso hacer una comedia. « Hacía, dice, aparecer en la escena, tres gigantes dispuestos á batirse por la conquista de una querida común, cuando salía á separarlos un cuarto gigante diciendo estos versos :

Géants, arrêtez-vous,
Gardez pour l'avenir la fureur de vos coups¹. »

Más tarde desafiaba á Boyer á que le mostrase un solo verso tan vigoroso como éstos en los cien mil que había hecho.

Como se ve, no tenía mala opinión de sí mismo.

Á partir de los diecisiete años versificaba ya, con bastante trivialidad, y conforme al gusto de Linière ó de Saint-Amant, á quien más tarde debía maltratar.

Destinábale su padre á la carrera eclesiástica, pero murió antes de haber podido encadenar la vocación de su hijo que, inmediatamente después de recobrar la libertad, abandonó el derecho y la teología para consagrarse á las letras. Su fortuna le permitió ejercitarse en ellas libremente, sin verse obligado, como la mayor parte de sus pobres colegas, á buscar algún gran señor que le pagase una pensión ó le tomase á su servicio. Había colocado en renta vitalicia y con crecido interés su parte de herencia, ó sea cuarenta mil libras, que harían hoy más de cien mil francos. Á esto hay que agregar la renta de una pequeña propiedad y de un beneficio no muy importante. Podía pues muy bien permitirse aconsejar á los demás que « trabajasen por la gloria y no por el vil interés ».

Para empezar, hizo, como el mismo abate Cotín, que no se vanaglorió ni se vengó de ello, un enigma sobre la pulga y unos versitos galantes muy insubstanciales. Sin embargo aún se canta una romanza que compuso á los 34 años después de publicadas todas sus sátiras y que empieza :

Voici les lieux charmants, où mon âme ravie
Passait à contempler Sylvie,

Ces tranquilles moments si doucement perdus²

Gigantes, deteneos
Para mejores tiempos vuestra ira reservad.

1. He aquí los gratos lugares
En que mi alma enternece
Pasó, á Silvia contemplando,
Dulces horas, hoy perdidas.

No siendo ni libertino, ni galante, ni enamorado, ni « voluptuoso » según su declaración, ¿ qué le quedaba que hacer? Siéndole por completo extraña la poesía sentimental ó sensual, se fijó en la sátira y halló en ella el camino que le convenía seguir.

Vivía en casa de su hermano mayor, Jerónimo Boileau, con otros tres hermanos, Pedro, Gil y Santiago. Era Jerónimo un honrado escribano á quien su mujer trataba á la baqueta. Nicolás nos ha dejado de ella rasgos muy divertidos en su *Sátira contra las mujeres*. Tenía por médico á Claudio Perrault cuyos cuidados imponía á toda la casa incluso á Nicolás, á quien asistió en un ataque de asma. « Á consecuencia de esto, no disminuyó mi dificultad para respirar y desde el día siguiente se me hinchó el pie de tal manera que tuve que guardar cama durante tres semanas. »

Gil era abogado y poeta, y fué académico. Llamábanle *Boileau el Crítico*. Se sabía á Régnier de memoria y su musa regañona mordía de buen grado á sus contemporáneos.

En cuanto á Santiago, llamado el abate Boileau, doctor en Sorbona y canónigo de la Santa Capilla, era hombre de chispeante ingenio y malicia. Riéndose un día en su presencia un jesuita de que Pascal, que estaba en Port-Royal, se ocupase en trabajos manuales, como la fabricación de zapatos, le respondió : « No sé si Pascal hace zapatos, pero me parece que con sus *Provinciales* os ha dado un famoso puntapié. »

El Príncipe de Condé tenía el mayor placer en desconcertar á los oradores que salían á recibirle á su paso por las ciudades. Figuróse que intimidaría de igual modo al abate Boileau, encargado de recibirle en Sens. He aquí cómo refiere la anécdota Brossette :

— El abate Boileau, que era entonces deán de la iglesia catedral de Sens, se vió obligado á hablar al príncipe en nombre del cabildo. Queriendo aquél desconcertar al orador á quien no conocía, hizo como que alargaba la cabeza y su enorme nariz hacia el deán, como para oírle mejor, pero en realidad para cortarle si podía. Pero el abate Boileau, que echó de ver la malicia, fingió quedarse como estupefacto y atónito, y empezó de esta suerte su saludo con fingido temor :

« Monseñor, no debe sorprenderse Vuestra Alteza de verme temblar al aparecer en su presencia al frente de un cabildo eclesiástico, porque si me hallase frente á un ejército de treinta mil hombres, temblaría mucho más. » Encantado el príncipe con este exordio, abrazó al orador sin dejarle acabar y, cuando le dijeron que era el hermano del Sr. Despréaux, redobló sus pruebas de cariño y le convidó á comer.

Este Doctor era en verdad docto, pero le gustaba escribir sobre materias extrañas y acaso demasiado cómicamente; su padre le llamaba el pequeño orador. Como siempre tenía alguna ocurrencia graciosa, aun en las ocasiones más graves, Despréaux decía de él bromeando : « Mi hermano no podía menos de ser doctor; porque si no lo hubiera sido de la Sorbona, lo hubiera sido tal vez de la Comedia Italiana. »

Pedro era célebre por sus remedos ó « imitaciones », como se dice hoy. Sorprendía el lado ridículo de las personas y era el encanto de las reuniones.

Nicolás, siguiendo las tradiciones de familia, no podía menos de poseer una parte de dicho genio vinculado en su raza. En efecto así fué. Cúntase sobre esto una curiosa anécdota :

— Pocos días antes de morir decía el padre del Sr. Despréaux hablando de sus tres hijos : « Gil es un vanidoso, Santiago un calavera, pero Colín es un buen muchacho, que no tiene ingenio y no hablará mal de nadie. » Ahora bien, este Colín era el Sr. Despréaux que, en sus primeros años, parecía bastante taciturno. El Rey preguntó varias veces al satírico si era cierto que su padre le hubiese juzgado de este modo.

— Según parece era cierto y no podía darse juicio más temerario.

En 1658, — á los 21 años, — escribió su primera sátira, *Damón*, luego *Los Embarazos de París* (1661), *Musa, cambiemos de tono* (1662), *Á Molière, La Cena Ridícula, Dime, querido Le Vayer, y la Nobleza* (1663).

Enumerar las saetas que salieron de este primer bloque de proyectiles equivale á enumerar los enemigos que Boileau se conquistó en sus comienzos, y no fueron pocos. Fuera de dos ó tres inteligencias privilegiadas á las que, con su instinto infalible, colocó desde luego á gran altura, atacó é irritó contra sí á todos los poetas de fama censurando su abundante facilidad y su preciosismo.

Púsose hábilmente bajo la protección del rey que no pudo menos de estimar el imperioso buen sentido de aquel poeta original, — y como corrían ediciones fraudulentas de sus obras truncadas y alteradas, publicó él mismo en 1666, *Las Sátiras I-VII* y el *Discurso al Rey*, con un malicioso prefacio en que daba las siguientes explicaciones á sus víctimas :

— Ruégales que reflexionen que, si sus obras son malas, merecen la censura, y si son buenas, por mucho que se hable contra ellas, no se logrará que las juzguen malas. Por lo demás, como la malignidad de sus enemigos se esfuerza desde hace algún tiempo en dar malicioso sentido aun á sus más inocentes pensamientos, ruega á la gente honrada que no se deje sorprender por las refinadas sutilezas de esos espíritus bajos, que no saben vengarse sino por medios cobardes y que á veces le atribuyen como un crimen una elegancia poética. Debo advertir además, á los que quieran hacer sátiras contra estas sátiras, que no necesitan ocultarse. Les doy palabra de que el autor no los emplazará ante otro tribunal que el de las Musas : porque, si se trata de injurias groseras, deja la respuesta á cargo de las rabaneras; y si se trata de una burla delicada, conoce suficientemente las leyes para ignorar que debe sufrir la pena del talión. Pueden escribir pues libremente; así contribuirán sin duda á dar fama al autor y provecho á los librereros, y eso me interesa. Sin embargo, por mucho interés que en ello encuentre, les aconsejo que aguar-

den algún tiempo y que dejen madurarse su malhumor. Cuando está uno colérico no hace nada que valga la pena. Por más que se vomiten sucias y odiosas injurias, eso sólo contribuye á indicar bajeza de alma y no á rebajar la gloria de aquellos á quienes se ataca; y el lector de buen sentido no hace suyas las necias pasiones de un versificador irritado. Mucho habría también que decir con respecto al reproche que se hace al autor de haber tomado sus pensamientos en Juvenal y en Horacio; pero, después de pensarlo bien, juzga la objeción tan honrosa para sí que creería perjudicarse rebatiéndola.

Precisamente podían decir lo mismo todos los imitadores de los antiguos á quienes atacaba, como Cotín y Ménage; porque desde este punto de vista, Boileau no es menos acreedor que Vadio á que se le acuse de plagio, y si no dejaron de echárselo en cara, es porque él también está relleno de Horacio y de Juvenal, hasta el punto de decir de él Regnard que « si se perdía su libro no habría que molestarse mucho en buscarlo, pues se hallaría por completo en Horacio ».

En 1666 llevaba publicados y compuestos, según él mismo declara : *Soneto á una parienta* (1652); *Versos sobre Macarisa* (1656); *Sátira I (Damón)* (1658); *Sátira VI* (1661); *Sátira VII* y las *Estancias sobre la Escuela de las Mujeres* (1662); *Sátiras II, III, IV, V (Á Molière, La Cena, Á le Vayer y La Nobleza¹)* (1663); *Discurso al Rey*, y el diálogo *Los Héroes de Novela* (1664); la *Sátira IX*, la *Epístola II (La Ostra y los Litigantes)* y el *Discurso sobre la Sátira* (1666).

Publicó después la *Sátira VIII (Los Animales)*, y la *Epístola I, Al Rey* (1667).

Casi todas las ediciones siguientes llevaron un prefacio nuevo; hizo en todo seis. La mayor parte del tiempo estos prefacios van paliando las críticas precedentes como si Boileau se arrepintiese de su severidad.

— Me contentaría con advertir una cosa que conviene no olvidar, y es que, al atacar en mis sátiras los defectos de gran número de escritores de nuestro siglo, no pretendo con esto quitar á esos escritores el mérito y las buenas cualidades que pueden adornarlos. No pretendo, repito que Chapelain, por ejemplo, aunque bastante mal poeta, no haya hecho en otro tiempo, no sé cómo, una oda bastante linda, ni que falten ingenio y atractivo en las obras del Sr. Quinaud, aunque tan apartadas de la perfección de Virgilio. Es más, agregaré respecto de este autor que, en la época en que escribí contra él, éramos ambos muy jóvenes y que aun no había producido muchas obras que le han conquistado justa reputación en lo sucesivo. También he de confesar que hay genio en los escritos de Saint-Amant, de Brébeuf, de Scudéry, y de otros muchos á quienes he criticado y que son, por otra parte, lo mismo que yo, muy dignos de crítica. En una palabra, con la misma sinceridad con que me he burlado de lo que había en ellos de censurable, estoy pronto á reconocer lo que pueden tener de excelente.

1. Boileau, que rimaba contra la nobleza, era noble según consta de una sentencia de 1699. Sus títulos de nobleza se remontaban á 1371. Podía pues hacer sonar sus cuarteles en la corte.

Se ve pues que estos múltiples prefacios revelan indecisión é incertidumbre y se parecen á las excusas que nos da un individuo que nos ha pisado el pié.

Su amistad con Racine, Molière y La Fontaine es célebre. Este último la ha contado al principio de su *Psiquis*.

Habitaba Nicolás entonces calle del Colombier, en el faubourg Saint-Germain. Allí se criticaba de firme á los poetas en boga y luego iban á la taberna de Crenet, llamada la Piña, á hacer diabluras, á rimar el *Capellán Destocado*, y á parodiar *la Doncella*.

Esta amistad terminó hacia 1663. Habiendo retirado Racine una de sus piezas del teatro de Molière para llevarla al hotel de Borgoña, se indispusieron. La Fontaine, que no paraba mucho en ningún sitio, iba de acá para allá. Boileau era muy buscado en París, frecuentaba los salones de la Sra. du Plessis Guénégaud, de la duquesa de Longueville, y del Sr. de Brancas; visitaba á Pontchartrain, á Vivonne, á Dangeau, á Seignelay y á Guilleragues. Á partir de 1669 fué presentado en la corte á petición del Rey. Boileau le recitó el final de su *Epístola al Rey*, y éste exclamó encantado:

— ¡ Eso es mangífico, admirable, y os alabaría más si no me hubiéseis alabado tanto! El público tributa á vuestras obras los elogios que merecen, pero yo no me contento con alabaros, os doy una pensión de dos mil libras; ordenaré á Colbert que os la paguen por adelantado y os concedo el privilegio para la impresión de vuestras obras.

De esta manera daba el Rey pruebas de eclecticismo, pues pensiónaba con la misma mano á Chapelain y á Boileau.

El satírico dió las gracias con exceso. En 1672 compuso un *Paso del Rhin* bastante ridículo.

Las demás obras, por orden de fechas, son las siguientes: 1670, *Epístola III* (A Arnould); 1672, *Epístola IV* (*Paso del Rhin* y el *Arte Poética*); 1673, *Epístola IX* (A Seignelay y el *Facistol*); 1674, *Traducción de Longino*; 1675, *Sentencia Burlasca*; 1676 y 1677, *Epístolas V, VI, VII* (A Racine), *VIII* (Al Rey), *Carta al duque de Vivonne*; 1684, *Gracias, á la Academia*; 1692, la *Oda sobre Namur*, *Sátira X* (*Las Mujeres*); 1693, *Epístola X* (A mis versos); 1694, *Epístola XI* (A mi jardinero), *Reflexiones sobre Longino*; 1695, *Epístola XII* (*El Amor de Dios*); 1700, *Sátira XI* (*El Honor*).

Boileau mismo formó esta lista y agregó la siguiente declaración:

— He aquí en realidad todas las obras que he hecho: en cuanto á las demás que se me atribuyen y que se empeñan en insertar en las ediciones extranjeras, sólo entes ridículos pueden tenerme por su autor. Á este género pertenecen una sátira muy insubstancial contra los gastos de enterramiento, otra más vulgar aún, contra el matrimonio, otra contra los jesuitas y algu-

nas otras igualmente impertinentes. Confieso sin embargo que en la parodia de los versos del Cid, hecha acerca de la peluca de Chapelain y que se me atribuye aún, hay ciertos rasgos que se nos escaparon al Sr. Racine y á mí en una comida en casa de Furetière, autor del Diccionario; pero en ella jamás escribimos nada ni uno ni otro, de modo que su único autor es en verdad Furetière, que no tenía inconveniente en declararlo.

El año 1677 le fué fatal, pues fué nombrado con Racine historiógrafo del Rey y tuvo la triste satisfacción de felicitarle, « de ser nombrado para tan glorioso empleo que le sacaba del *oficio* de poeta ». ¡ Hablar con tal desdén de la poesía, de la sátira y de todo lo que parecía constituir el alma misma de Boileau y de su vida! ¿ Era entonces sincero consigo mismo?

En 1684, le hizo el Rey entrar en la Academia, á costa de La Fontaine que tuvo que hacer antecámara para dejar pasar á su antiguo amigo. Jamás hubo elección más picante. Boileau había satirizado á casi todos los Inmortales, que obedeciendo á un deseo regio, tenían que nombrar á su implacable censor. Puede imaginarse el embarazo que presidió á semejante recepción. Boileau se acordó de que había sido abogado y salió del paso, si no con delicadeza, á lo menos con astucia. Decía que si la casualidad hubiera querido que hubiera sucedido al abate Cotín y que hubiera tenido que hacer su elogio, le hubiera sido preciso andar como gato por ascuas:

— Pero que gracias á las triquiñuelas del arte oratorio, hubiera podido salir de un trance tan delicado. No hay nada, decía, de que no triunfe la retórica. Un buen orador es una especie de charlatán que sabe poner á propósito bálsamo en la herida.

Acordóse de ello en esta ocasión y dió las gracias á la Academia por haber elegido al historiógrafo real á fin de derramar sobre él las luces necesarias para esta noble tarea:

— Sí, señores, por muy justo que fuera el motivo que debía cerrarle para siempre las puertas de vuestra Academia, no habéis creído que fuese equitativo el permitir que hombre destinado á hablar de tan grandes cosas, se viese privado de la utilidad de vuestras lecciones ó tuviese que aprender en otra escuela distinta de la vuestra. Y en esto habéis hecho bien porque, cuando se trata de vuestro augusto protector, vuestro celo no os permite ver más que el interés de su gloria, dejando á un lado cualquiera otra consideración.

Boileau tenía 48 años y ya empezaban á molestarle los achaques. Tenía asma que debía degenerar en extinción de voz. Iba poniéndose sordo. En 1687, tuvo que ir á las aguas de Bourbon-l'Archambault; al volver, fué á vivir en el claustro de Nuestra Señora y luego se marchó al campo á casa de su sobrino Dongois, en Auteuil, pueblecito del que hace una graciosa descripción.

Entonces fué cuando compró su *villa* de Auteuil, donde pasó los últimos veinte años de su vida, enfermo y sordo, sin otro consuelo que la amistad de Racine.

Era una habitación amable con muchos cuadros y muchos libros; las paredes estaban cubiertas con un viejo tapiz de Bretaña. Las piezas no brillaban por el orden; antes reinaba en ellas un abandono cínico. El tren de vida era el de un rico burgués: carroza, cochero, lacayo, ama de gobierno, y jardinero (Antonio); reinaba allí franca hospitalidad con muchas idas y venidas y recepciones diarias. El jardín estaba mejor cuidado; á Boileau le gustaban mucho las umbrosas alamedas y celebraba sus poéticas bellezas, « con un sol de mayo ó de junio ». Tal era la célebre casita que á Voltaire le parecía una humilde taberna, desde donde Boileau enviaba albaricoques á Racine y melocotones á la Sra. de Caylus, y donde recibía con frecuencia á d'Aguesseau, á Pontchartraín, al duque de Borbón, al príncipe de Conti, á Lamoignon y hasta á los jesuitas, contra los que luchaba en defensa de Racine, de Pascal y de Port-Royal.

Allí pasaba semanas enteras el hijo de su amigo Racine y jugaba con él á los bolos.

La querrela de los Antiguos y Modernos, en que tomó apasionadamente parte, en favor de los Antiguos contra Perrault, se convirtió en disputa con las *Reflexiones sobre Longino*, y en un error con la desdichada oda pindárica, la *Toma de Namur*; la cuestión de los jansenistas, en que defendió valientemente á Port-Royal y á Arnauld con sus discursos, con el hermoso epitafio que le dedicó y con su sátira prohibida del *Equívoco*, fueron los únicos incidentes que turbaron su vejez. Acerca de esto decía:

— Estoy enfermo, verdaderamente enfermo. Me abruma la vejez por todos lados. Me falta el oído, se va apagando mi vista, las piernas se niegan á sostenerme y no podría subir ni bajar sino apoyado en un brazo ajeno. En fin no soy ya nada de lo que era, y, para colmo de desdicha, me queda un triste recuerdo de lo que he sido.

La amistad de Le Verrier y de Brossette le ayudó á soportar su triste fin.

Le Verrier era un hacendista, aficionado á la literatura, que llevaba siempre á misa un libro griego; la encuadernación era muy vistosa para que llamase la atención desde lejos.

Brossette era un abogado de Lyon, que se había enamorado de las obras de Boileau y que reunió, acerca de su amigo y autor preferido, en sus famosas cartas y en sus comentarios, noticias muy apreciadas hoy día.

Murió Boileau á los 75 años en París, lanzando su último rasgo satí-

rico. Estando Le Verrier leyéndole, en su lecho de muerte, algunas poesías nuevas, le interrumpió diciendo:

— Amigo mío; cuándo acabaré de morir? ¡ Los Pradón de que nos burábamos en nuestra juventud, eran soles comparados con éstos!

Dicho esto, expiró. Fué enterrado en la Santa Capilla.

Es preciso representárselo tal como fué y tal como lo esculpió Girardon en mármol. En presencia de este busto decía Sainte-Beuve:

— La amplia peluca de rigor cae noblemente sobre su frente sin abrumarla demasiado; tiene actitud resuelta y hasta altiva y su cabeza se yergue con majestad; vaga por sus labios una burlona sonrisa; el pliegue de la nariz algo realzado y el de la boca indican su tendencia burlona, risueña y hasta mordaz; sin embargo la expresión de sus labios entreabiertos es buena y franca; parece que está hablando y que va á soltar uno de sus rasgos satíricos. El cuello desnudo permite ver una segunda barba ó papada que más parece signo de flacura que de robustez; aquel cuello, algo enflaquecido, está de acuerdo con la extinción de voz que había de experimentar muy pronto.

Decíase que « no era duro sino en verso ». Tenía excelente corazón y sus amigos tenían prueba de ello. Compró la biblioteca de un amigo, á quien iban á embargar y le dejó el usufructo de ella; reclamó para Corneille, pobre y viejo, la pensión que habían dejado de pagarle. Monchessnay refiere este rasgo conmovedor:

— El Sr. Despréaux tenía tanta rectitud de corazón como claro juicio. Habiéndole referido algunos señores de la corte que, durante una de sus licenciosas diversiones, habían enviado á buscar un boticario y que, apenas llegó éste con un remedio casi hirviendo, se habían apoderado de él y le habían obligado á tomarse dicho remedio y á bailar en seguida hasta no poder más, el Sr. Despréaux se irritó con ellos y les avergonzó de tal suerte su broma de mal género que en el acto el marqués de Manicamp envió al boticario treinta pistolas.

He aquí otro hermoso rasgo:

— Á la muerte de Furetière se deliberó en la Academia sobre si se barían exequias al difunto según la costumbre. Despréaux fué expresamente con Racine el día en que esto se discutía, pero viendo que la mayoría de la Academia se inclinaba hacia la negativa, se atrevió á hablar de esta suerte:

« Señores, debemos tener en cuenta tres cosas: á Dios, al público y á la Academia. Por lo que hace á Dios os agradecerá seguramente que le hagáis el sacrificio de vuestro resentimiento y que le ofrezcáis oraciones por un difunto que tendrá seguramente más necesidad de ellas que otros, aunque sólo sea por la animosidad que mostró contra vosotros. Por lo que hace al público, os llenaréis de gloria á sus ojos no persiguiendo á vuestro enemigo más allá de la tumba. Y en cuanto á la Academia, su moderación será tenida en gran estima, cuando responda á las injurias con oraciones y cuando no envidie á un cristiano los recursos que ofrece la Iglesia para apaciguar la